

LA PERDIZ DE SANTA CRUZ (PATAGONIA)

Tinamotis Ingoufi Oust.

POR

ANTONIO POZZI

El 11 de diciembre de 1898 desembarqué la primera vez en el puerto de Santa Cruz; fui con la intención de hacer colecciones de historia natural. En los viajes que ya había realizado a la Patagonia con el mismo objeto para el Museo La Plata, acompañando a mi padre en los años 1893-94 y 1897, había adquirido la práctica necesaria para desempeñarme en esta clase de asuntos. Transecurridos los primeros meses del año siguiente, abandoné mis ideas a este respecto y dediqué mis actividades en otro sentido, siendo por esto que conocí la mayor parte de aquel territorio y especialmente la zona del valle del río Santa Cruz hasta la mitad de su curso hacia el oeste. Como regresé a Buenos Aires en 1906, tuve durante casi ocho años bastante tiempo para conocer la mayor parte de las especies de la fauna de aquella región y observar de cerca sus costumbres con la ventaja, para esto, de hallarme lejos de los pocos centros poblados que eran entonces los puertos de la costa del Atlántico. Mis aficiones a la caza se despertaron más de una vez por la presencia de algún ejemplar poco común, pero nunca tanto como una mañana del mes de octubre del año 1900, en Barranca Blanca, en un cañadón, que sale de ese sitio hacia la costa del mar, cuando vi levantarse de improviso tres perdices grandes a pocos pasos de distancia. No puedo perdonarme todavía, el haberlas confundido con la perdiz de ala colorada (*Rhynchotus rufescens*), aunque en parte me disculpa el hecho de que tengan en las alas una coloración casi idéntica y los dos tonos principales distribuidos en igual forma. Fueron las únicas que vi durante todo aquel tiempo. Como tuve oportunidad de conversar de esto con algunos amigos, antiguos pobladores de la región, alguno de ellos me dijo que efectivamente había visto perdices, pero a su juicio eran diferentes de las del norte, aunque no pudiera explicarme bien en qué consistía esa diferencia. Encontrándome un año después en casa de Dn. Juan Ivovich, antiguo amigo mío, en Chicorok-aiken, 20 leguas al oeste de la desembocadura del río Santa Cruz, en circunstancias que éste llegó a su casa de noche, hicimos los comentarios del caso cuando nos contó que al oscurecer y haciendo galopar un caballo brioso que montaba, se levantó con gran estrépito entre las patas de éste una perdiz, poniendo al jinete en los apuros consiguientes. Creo que el único que en aquellos años cazó varias, fué el señor Juan Williams, subprefecto del puerto de Santa Cruz. Este señor, que las hacía rastrear con un perro, a pesar de tener esta gran ventaja, fueron muchas las veces que anduvo un día entero sin encontrar siquiera una. Hay que tener presente que, tratándose de las proximidades del pueblo y habiendo en él una considerable cantidad de perros, que son los enemigos más encarnizados que han tenido en todo tiempo los zorros, al ser éstos ahuyentados por esa causa, facilitarían la reproducción de las pocas perdices de los alrededores; no pudiéndose dudar

que aquellos fueron los más activos destructores de la especie de perdiz a que nos referimos. Cuando se valorizaron las pieles de zorro de Patagonia (*Canis griseus*) y se dió principio a la guerra sin cuartel que fatalmente destruirá la especie si no se toman medidas enérgicas tendientes a protegerla, se me ocurrió decir que al fin podrían multiplicarse las perdices en Santa Cruz.

Tengo la satisfacción de haber podido constatar personalmente que mi pronóstico estaba bien fundado. El año próximo pasado, encontrándose



Fig. 1. - Vista de Aguada Grande (Sta. Cruz). Cañadón de la casa de D Juan Iovich. Tomada de Sud a Norte.

en Buenos Aires el señor Iovich, que ya he nombrado, tuvo oportunidad de visitarnos en el Museo Nacional de Historia Natural y al encontrar en la sección ornitológica, el único ejemplar de *Tinamotis Ingoufi*, en ella existente, lo identificó en seguida, y nos aseguró que en su campo de la Aguada Grande, se hubieran podido conseguir con bastante facilidad, varios ejemplares.

En los museos de historia natural, creo que esta perdiz es todavía un ejemplar raro y hasta hace poco tiempo las tres que se conocían en las colecciones eran las que se encontraban respectivamente, una en París, museo del Jardín de las Plantas, sobre la cual Oustalet, el año 1890, fundó la especie; otra en Londres, en el Museo Británico, y la que tiene todavía nuestro museo de Buenos Aires, traída el año 1905 del valle del Río Santa Cruz por nuestro consocio señor Julio Koslowsky.

El jefe de la sección de zoología Dr. Roberto Dabbene, gestionó y obtuvo de la dirección del museo, a principio de este año, que se me enviara a Santa Cruz, para hacer colecciones de historia natural, donde llegué el 21 de abril. El día siguiente, ya me encontraba en Aguada Grande, a 25 leguas del puerto, río arriba. A hacer este trayecto y ya

próximos a nuestro destino, alcanzamos a ver tres perdices que corrían con bastante rapidez, delante del coche que marchaba a regular velocidad, sin darles alcance, hasta que dejando el camino se escurrieron por entre los arbustos que lo bordean escondiéndose entre ellos con tanta maestría, que nos fué imposible encontrarlas ni conseguir levantarlas con un perro de caza, que de exprofeso llevé conmigo. Creo que fueron las mismas las que encontré muy cerca del mismo sitio el día siguiente, pero en cuanto notaron que el perro las había descubierto, volaron a gran distancia de



Fig. 2.-- Otra vista de Aguada Grande (Sta. Cruz).

donde yo estaba siendo imposible por lo tanto alcanzarlas con un tiro de escopeta. Pude observar, entonces, que son ariscas en extremo por instinto, desde el momento que allí nadie las persigue como para tenerlas tan avisadas de esta clase de peligros. La perdiz chica (*Nothura maculosa*) lo mismo que la de ala colorada (*Rhynchotus rufescens*), cuando se esconden entre el pasto, o entre las pajas de espartillo, lo hacen tan bien, que un perro podrá aproximarse hasta tenerlas debajo de la nariz, pero tratándose de las de Santa Cruz no hay que esperar que esto pueda ocurrir. También se diferencian de las especies que he nombrado y de la martineta (*Calopezus elegans*) aunque con ésta tengan más afinidad en las costumbres, por cuanto están mucho mejor dotadas para un vuelo sostenido, con la facilidad de cambiar rápidamente de dirección. Las especies del norte no tienen plumas, verdaderamente dichas, en la cola, y ésta se compone más bien de una pelusa cubierta por las plumas largas que cubren la región del sacro mientras que las perdices de Santa Cruz tienen verdaderas rectrices que forman una cola bien redondeada y que les sirve de timón. Creo que esto debe atribuirse al clima en que vive esta especie; los días del año en que no hay viento son contados y por lo general los del sud y sud-oeste alcanzan la mayor violencia. Se las

encuentra en todas partes aunque parezcan preferir los faldeos muy tendidos que ofrecen más reparo al viento. En la gran extensión de pampas comprendidas entre Río Coyle y el Río Santa Cruz, se las puede observar tanto en los manchones de mata negra (*Verbena tridens*) como en la parte más limpia de una laguna seca, donde van en procura de una planta (*Pernettya pumila*) de la que hacen gran consumo, a juzgar por la cantidad que ha encontrado en los buches de seis que examinó el señor José F. Molfino, ⁽¹⁾ y que fueron cazadas en distintos sitios. Puede ase-



Fig. 3. — Barranca de la Cueva, Lado Sud del Río Santa Cruz.

gurarse que son herbívoras por excelencia, aunque comen en la época en que madura, la fruta y la semilla del calafate (*Berberis*).

Son los adultos de esta especie de perdiz, unos hermosos ejemplares que estando gordos alcanzan a tener un peso que varía de 900 gramos a un kilogramo, cada uno. Tienen una carne suculenta, muy superior a las especies ya mencionadas, las que son aquí consideradas como un manjar, por muchas personas de buen gusto. Se reúnen en bandadas, cuyo número de individuos es muy variable, de diez a cincuenta, en otoño, y cuando se encuentran tres, juntas, lo que ocurre a menudo, siempre son dos hembras y la otra un macho. Tratándose de una bandada muy numerosa, si se la persigue, tratan de ponerse a salvo corriendo con rapidez, pero, acosadas, vuelan en todas direcciones. Es después que ésto ha ocurrido, cuando se las oye silbar fuera del período del celo; pasados algunos minutos se percibe a bastante distancia el sonido gutural que emiten,

(1) El señor Molfino me ha comunicado que, además de *Pernettya pumila*, encontró en los buches una *Acaena* (Rosáceas) y en menor cantidad un *Cerasium* (Cariofiláceas); de gramíneas apenas unas glumas. Le llama la atención la existencia de la primera especie, tan al Este de la Patagonia. Tampoco ha hallado restos de insectos.

muy semejante al primer tiempo del toque de auxilio de un agente de policía. Así poco a poco y contestándose unas a otras, se reúnen otra vez, de tal suerte que a poco de haberse efectuado el desbando, están juntas en el sitio que han elegido. La nidificación comienza en la primera quincena de diciembre y la hembra escoje un sitio adecuado al lado de una matita negra, escarbando el suelo muy por encima, tapizándolo apenas con unas hebras de pasto duro, donde pone de ocho a quince huevos. El nido es bastante visible por lo general y todo induce a creer que son dos hembras las que depositan sus huevos en el mismo. Es de suponer que siendo tan fácil encontrar estos nidos, los zorros, teniendo mayores dificultades para cazar las perdices, destruyeran a aquellos sin gran trabajo, aunque hay que tener presente que los zorrinos (*Conepatus Humboldt*) le han dado una buena mano en esta tarea y como no se les persigue tanto y son bastante comunes, los enemigos más terribles de las perdices vienen ahora a ser éstos. Los hurones de Patagonia (*Lyncodon patagonicus*) son demasiado escasos. En cambio algunas rapaces y entre ellas, la más común, un halconcito (*Cerchneis sparverius australis*) deben tenerse en cuenta en la época de cría. Los pichones de esta perdiz vuelan muy tarde; me han asegurado que no lo hacen antes de tener un par de meses o tal vez más tiempo. Pude conseguir algunos ejemplares jóvenes que siendo ya bastante desarrollados no se diferencian de los adultos en el plumaje y se distinguen sólo por el tamaño.

Las hembras adultas no tienen diferencias apreciables en el plumaje con los machos y en lo único que podría distinguirse el sexo, sería también por el tamaño; siendo los machos por lo común un poco más chicos que las hembras. En invierno cuando la nieve cubre como una sábana toda la altiplanicie del valle del río Santa Cruz, muy cerca a los límites de los faldeos, se ven estas perdices como manchas negras muy juntas unas de otras; allí después de haber escarbado un poco la nieve, hacen una especie de hoyo donde duermen durante la noche. Diré que no ha de pasar mucho tiempo, a mi juicio, en que serán comunes estas perdices en todo el territorio del Chubut, así se desquitarán del avance que va haciendo a sus dominios la martineta copetona.

A más de algunos ejemplares de otras especies entre las cuales tuve la suerte de conseguir tres de una especie de fringílido (*Phrygilus melanoderus*) nueva para las colecciones del museo, traje a mi regreso a fines de Mayo, veinticuatro *Tinamotis Ingoufi*, 12 machos y la misma cantidad de hembras, jóvenes y adultos, todas de la misma localidad, Aguada Grande, lado sud del río Santa Cruz, campo del señor Juan Ivovich.

Debo dejar aquí constancia de la generosa y desinteresada hospitalidad que me brindó este amigo, la cual agradezco infinitamente, como así de la valiosa cooperación personal que me ha prestado, sin la que nunca hubiera podido realizar el trabajo efectuado con la mayor comodidad, a pesar del poco tiempo de que he podido disponer.